

# Cómo perdimos la Piedra filosofal\*

## JOSÉ LUIS ONTIVEROS

### 1.- El rescate de lo sagrado por un escritor ateo

La mítica historia de Emilio Medina Mendoza, el protagonista de la última novela de René Avilés Fabila, es un desafío al tiempo lineal del progreso ininterrumpido, una gesta épica de la desaparición heroica del pueblo del Sol, un canto estoico a la resistencia de vivir fuera de este mundo y de una época particularmente miserable, dominada por la usurocracia, la falta de grandeza y el sentido del honor.

Se trata, entonces, de una contestación radical a una civilización desmaravillada, materialista, idolátrica y demoníaca, de una revuelta contra un mundo que ha perdido el sentido de la muerte, del sacrificio, de la creencia y de la belleza, de ahí su valor tanto como testimonio literario como exposición orgánica de una concepción del mundo, que busca remontar a través del símbolo el asedio continuo de la falta de nobleza de una modernidad desalmada, que ha dado paso al desarme ideológico, al mercado, a la democracia y al despojo del ser.

Resulta muy interesante y ,quizá, un signo misterioso y a la vez alentador, que su autor se declare ateo, cuando su Búsqueda de un tiempo perdido, en realidad

se resuelve en una teofanía, en la revelación de lo sagrado y en la lucha metafísica entre los dioses. Aquí, Avilés Fabila, muestra que su ateísmo es sui generis, es más bien una forma de gnosis, o si se quiere de ateísmo místico, muy semejante al del personaje de Los endemoniados, la novela en que Dostoyevski, columbró la devastadora revolución bolchevique, anticipándose como siempre la literatura a la política, pese a que los políticos crean en su fatuidad que construyen la historia, y que no son reflejo de un poder superior e igualmente de poderes del inframundo.

Kirilov, un joven asceta, de alma atormentada, decide suicidarse para demostrar con ello que Dios no existe, René Avilés Fabila escribe una historia deslumbrante, para probar que los dioses que él niega en el plano de la razón ilustrada, –que es la más bestial de las razones–, no explica el sentido de la vida ni el sinsentido de saberse incomprendido, condenado, vitando por una edad que ha enterrado a los dioses, aun cuando sea el Islam, que lleva en Medina el signo de Alá, la única civilización que conserva por el martirio la dimensión de lo sagrado frente a un podrido y escéptico Occidente, hipócrita y genocida.

2.- Virtudes literarias que hacen de RAF el mayor narrador vivo en las letras mexicanas

Resulta evidente que esta afirmación Robinsoniana-Ontivérica es de entrada algo muy inapropiado,

en un medio en que impera la cautela, el cálculo y la falsa prudencia, pudiese considerarse incluso un tremendismo –a los que soy tan afecto según mis detractores–. Sin embargo, *El reino vencido*, que yo considero invicto e imbatible, como el tremolar del estandarte, cuando los mortales han caído, mas se conserva el coraje de abrir el pecho a lo más nutrido de la metralla, demuestra el amplio dominio de Avilés Fabila en muy distintos niveles o registros narrativos, uno arduo, difícil, con planteamientos existenciales y metafísicos, otro cuyo factor es la imaginaria reconstrucción de la memoria, a la manera de un Proust, que sin inyectar morfina a sus páginas, logra fijar por el arte de la ficción el logotipo de la vida colectiva de una extinta clase media, a ello lo acompaña el uso paródico, deliberadamente distorsionado de los lugares comunes de la “literatura ondera”, con el habla coloquial, herencia de Cariátide de

Rubén Salazar Mallén, del que se cumple el centenario de su nacimiento, asordinado por el infecto establecimiento, junto con una vertiente de la novela ideológica de José Revueltas y un empleo de la picaresca urbana como elemento que subyace, en un pasado de tal vitalidad, que ocupa el presente en la esfera intemporal del universo literario, con una concepción holística de lo que se narra, que se transforma en una realidad indestructible y autárquica.

El reino vencido viene a subrayar el hecho inobjetable de que René Avilés Fabila es el mayor narrador vivo en las letras mexicanas, muy por encima del estreñimiento narrativo de José Emilio Pacheco, de los distantes logros de Carlos Fuentes y de la literatura muy bien trazada de Salvador Elizondo, que se ahonda en un ideograma cuyo significado nadie descifra, mas vivimos en un tiempo mediocre, que niega a los mejores, ello expli-



Felipe Posadas

ca en varios órdenes la postración de México y la actual hegemonía neocolonialista, así como el dominio del mercado sobre el arte literario.

La capacidad narrativa del autor tiende con maestría trampantojos, emboscaduras y tretas al lector, desde el clima pretendidamente autobiográfico, la confusión entre verosimilitud y veracidad hasta un guiño cómplice para el lector avezado, en diversas pruebas que conducen a recuperar El reino vencido, con el eco de Alejo Carpentier, que va de la indigencia del feísmo, la superficialidad y la imbecilidad que es común a la espeluznante literatura ondera –y que culmina nauseabundamente– con la “literatura basura”, conexos, adláteres y similares.

3.- El predominio kosher en el mole poblano y los progroms de goims (Céline dixit).

En la reconstrucción de la ficticia memoria literaria, RAF, hace en un fragmento muy significativo una crítica hacia la discriminación que ejerce el poder judío respecto a los gentiles o goims o akums (cerdos), si bien lamentablemente no profundiza en el tema, hay un entrecruzamiento literario con el genial Louis-Ferdinand Céline y su inigualable Bagatelas para una masacre, obra maldita y profética del ejercicio de la carnicería kosher contra el Islam, mediante el recurso gastronómico de pasajes de mutilaciones y cuerpos destripados, que despiertan el apetito de las masas occidentafílicas de imbéciles, lo que exponencialmente conduce a la reflexión, si la hegemonía de lo políticamente correcto que practica con fruición Enrique Krauze, no es más que la aplicación ritual de la cultura desarraigada de Cosmópolis-NewYork-Tel-Aviv, que se deja desangrar colgada de los ganchos de la democracia, la libertad y el mercado, para así conseguir un tipo de comida envenenada y transgénica que sólo se sirve con el totalitarismo del pensamiento único, esto es, una pitanza kosher que reemplaza los tacos de carnitas, el pozole con cabeza de tlaxcalteca incluyendo la cochinita pibil, a una forma de fase-track culinario expedido en la cadena comercial

Sion and Company, consorcio que edita la revista de menú a la carta Letras vencidas.

4.- Emilio Medina Mendoza, el indigenismo telúrico-escultórico-muralista y una apología de la Santa Inquisición

Emilio Medina Mendoza es un personaje polifónico, más que contradictorio, “se ve así mismo como descendiente directo de un caballero azteca que combatió a los españoles en 1521”, al mismo tiempo, “sus apellidos habían llegado pues con los conquistadores españoles: Medina, como muestra del glorioso paso de los ideales de Mahoma por una España en pos de gloria y Mendoza, apellido de una aristocrática familia de Castilla que arrancara en el s. xv”, cita, incluso, al primer Virrey don Antonio de Mendoza, como probable ancestro suyo, advierte igualmente que “lo común es que los mexicanos no acepten su parte española”, y luego de referirse a “la globalización francesa de los s. XVIII y XIX, señala el oprobioso “triunfo del capitalismo estadounidense” como expresión implícita de la negación de las raíces identitarias de nuestro pueblo.

A continuación hace una inexacta e injusta defensa de la forma en que Diego Rivera, que hay que recordar que no tenía forma de semidios griego sino de sapo, intentó ridiculizar al Gran Capitán Hernán Cortés, presentándolo “contrahecho y repugnante”, en un mural ominoso que comolo comprueba Jorge Gurría Lacroix, en su excelente libro Hernán Cortés y Diego Rivera (UNAM, 1971), no tiene ninguna base pictórica o historiográfica, más que la patética fobia del muralista quien ostentaba haber comido carne humana, ya que si un pequeño monstruo sífilítico pudo vencer al glorioso imperio azteca, ello condenaría de manera absoluta a los propios aztecas como una tribu cobarde, incapaz de hacer frente el Ue Tlatoani ante un deshecho humano, contradicción de la que nunca se percató Rivera entretenido entre La Diegada de Salvador Novo y los triunfos espaciales del comunismo

galáctico que pronto se derrumbaría sin combate ni gloria, por una implosión del capitalismo de Estado.

Sin embargo, nunca en toda la novela, a la que por cierto Nueva Imagen le devoró el Índice, como forma subrogada de un taco de tarasco al chile pasilla, hace referencia a los ritos de Iniciación guerrera de los caballeros águilas ni tigres, a la educación espartana azteca, a su Paideia que se manifiesta en la Toltecatoyolt, y en ese sentido, no deja de ser un ejemplo de una sentimental exaltación de los vencidos un tanto lacrimosa, independientemente de su feminolatría, asunto que es antagónico, al simbolismo religioso del nacimiento entre los aztecas, reflejo de un nacionalismo ex oficialista que criticara acertadamente Jorge Cuesta.

En este sentido, la personalidad del protagonista se forja en la historiografía liberal y sus graves carencias, maniqueísmos y deformaciones. Ya que la Santa Inquisición no juzgaba a los indígenas, no tenía jurisdicción para ello, sino a los criptojudíos (marranos) y herejes, según indica Alfonso Junco en su esclarecedora obra *Inquisición sobre la Inquisición* (Jus, 1967), donde hace referencia a que en sus tres siglos de existencia, sólo condenó a 47 marranos o herejes, lo que es una cifra ínfima, si se le compara con los 20 mil sacrificios humanos que ordenó el Emperador Moctezuma Xocochoczin, ante los presagios que ensombrecieron la Gran Tenochtitlán y que sus nigromantes trataron vanamente de impedir, ya que anunciaban la derrota del Pueblo del Sol, mientras que el Tlacatecutli, intentaba descubrir el futuro, comiendo en gran cantidad hongos alucinógenos (Teonanacalt, la carne de dios), para evitar lo que ya habían profetizado los dioses: el final trágico y numantino de la gloriosa estirpe azteca.

Por ello habría que considerar con algunas reservas el que Emilio Medina Mendoza sea efectivamente “el último azteca”, lo que recuerda inevitablemente a la magnífica novela de aventuras de Fenimore Cooper *El último mohicano*.

No hay que soslayar que en los tres siglos de la Nueva España se dio tratamiento de principales de España a los descendientes de la nobleza azteca y de los reinos que hicieron alianza con los castellanos como Tlaxcala, y que como asienta José Vasconcelos, durante ese periodo, generalmente ignorado, los novohispanos, fundamos Filipinas, se creó la primera Universidad e imprenta del Continente, nos extendimos hasta Alaska, combatimos contra los filibusteros protestantes en las Antillas, dirimimos cuestiones internas en Perú, trazamos singladuras con la Nao de China, establecimos relaciones con Yamato (Japón), y floreció una religión y arte sincrético del máximo refinamiento barroco y churrigueresco, teniendo una magnificencia arquitectónica la Ciudad de México, que hizo pensar al libertador Simón Bolívar que por sus atributos, debería ser la metrópoli de la Confederación de Pueblos Iberoamericanos, lo que se manifiesta en las plumas de Juan Ruiz de Alarcón y en Sor Juana Inés de la Cruz cuando se refiere al México Imperial como “el Águila del Septentrión”.

El problema fundamental es que el mestizaje resultó eugenésicamente fallido, –bastardaje que puede observarse en el Metro– y que aún persisten las 27 castas, que habitaron la Nueva España –y que por decreto- fueron desaparecidas por la independencia desde los saltapatrás hasta los no te entiendo. Por ello Medina Mendoza, que ansía la excepcionalidad de los mejores y que por ello es una personalidad trágica, es una prueba a contracorriente que en todo caso es preferible ser azteca, que no aztecoide o novohispano, que el muy dudoso título de “mexicano”.

5.- Inconformismo vital del “último azteca”, el ser extranjero en una sociedad decadente, irremediable miseria de la época en que vivimos cautivos, falta de grandeza.

Uno de los rasgos que definen a Emilio Medina Mendoza y al propio René Avilés Fabila, –postura que

comparto-, es que hay una constante búsqueda de la grandeza, de logros hazañosos, de tiempos épicos, del crepúsculo de los dioses, de combates a toda ultranza, del sentido del honor, de la muerte gloriosa, del himno que eleva las almas, del valor salvífico de morir por una Causa.

El tema central de *El reino vencido* es un eje para minorías selectas que diría Ortega, para aquellos que alguna vez han sido tocados por el fuego del heroísmo, de acuerdo a la divisa: La fidelidad es más fuerte que el fuego.

En varias ocasiones RAF hace explícita referencia a un tipo de existencia aventurera, a lo que describe Pierre Drieu de la Rochelle como: “un caballero de capa y espada, que da y recibe golpes”. De ahí que imagino a Avilés Fabila defendiendo Stalingrado, con la bandera roja enarbolada, sin ceder ni claudicar, con apostura y decisión, de la misma forma en que yo me pienso como integrante de la División Carlomagno de voluntarios franceses en Berlín, cuando el Ejército Rojo avanza incontenible, levantando el estandarte negro con la runa Sieg. Lo veo asimismo luchando en las guerrillas liberales con la mortífera caballería de los lanceros rojos, como yo me pienso, capturado en Querétaro, gritando ante el piquete que me va a fusilar: ¡Viva el Imperio! ¡Viva Maximiliano! ¡Viva México!.

De tal forma que podríamos reconstruir muy diversos escenarios históricos, en las antípodas, pero acompañados siempre de la Santa Muerte. Ello lo explica el arte literario, y el estilo vital, antes, y mucho más allá, que una determinada ideología, por el fervor con que se viven las causas vencidas, los instantes privilegiados, la fuga hacia adelante, las mismas que unieron a escritores tan disímbolos como Andre Malraux, T.E. Lawrence, Ernst von Salomón en ese hermoso y profundo libro de Roger Stephane, *Retrato del aventurero*, o de mi propia *Apología de la barbarie*, donde estudio a Jünger, Mishima y Pound.

Por ello es que *El reino vencido* toca las fibras íntimas y hace pensar en la frase de Nietzsche de que “la literatura se escribe con sangre”, la sangre de los recuerdos, la infinita nostalgia del tiempo irrecuperable, los amores eternos por fugaces, los lances temerarios, el atrevimiento de decir siempre la propia verdad, la ardua lealtad con la palabra íntima, la ingratitud que padece el que abre el corazón a la existencia, la soledad intransferible de quien no declina ante la adversidad, el que sabiéndose perdido lucha con mayor fiereza, el combate diario, en que el Che Guevara reclamaba que el mayor problema de la lucha guerrillera era convertir ese heroísmo, en un “heroísmo cotidiano”.

Así señala René Avilés Fabila el vivir peligrosamente, del todo opuesto a los cagatintas eunucoides que proliferan en el ámbito literario y en la miserable política que se niega a toda grandeza, con un sentido estoico que proviene de Marco Aurelio, y que se manifiesta en el poder solar azteca y su pesimismo heroico: “Siempre fui un nostálgico que echaba de menos todo tiempo pasado, que llegué a suponer que no estaba en la época correcta, que debí ser caballero en el medioevo, húsar, soldado de caballería con Napoleón, general romano con Marco Antonio o quizá minero durante la fiebre del oro en California”.

Ese nervio épico, esa médula heroica hacen de *El reino vencido*, una novela única en la narrativa mexicana. En lugar de vivir en las situaciones límite, ambos hemos tenido que tributar a este tiempo de indigencia el pago de la vida y de su terrible mediocridad. En lugar de luchar en Stalingrado, RAF, se tuvo que conformar con su militancia en el Partido Comunista Mexicano, sus visitas a la ex URSS y su exaltación de la gesta guerrillera, que en la novela aparece en el episodio de Andrés Alba, yo en cambio, sufrí una desilusión que imagino compartiría un joven comunista en la Plaza Roja frente a la momia de Lenin, mi desengaño siendo falangista fue de otro tipo, la Gran Vía José Antonio, estaba

llena de boutiques de lujo, de escaparates consumistas, lo que no cabía para nada en el imaginario que me había formado. Mi única satisfacción fue haber participado en la acción directa, por los años 70, en la Italia conocida en esa época como los “años de plomo”, en la organización neofascista Avanguardia Nazionale.

Por ello El reino vencido trasciende las posturas políticas y las ideologías, al plantear con maestría literaria el problema metafísico del sentimiento trágico de la vida, RAF se revela ante “esta muerte lenta que nos quieren vender con el nombre de porvenir” y como un náufrago se refugia en la ínsula de la memoria, en el acervo del recuerdo, en la desgarradora conciencia de los escombros que va dejando la propia vida

Una figura que sería emblemática de El reino vencido es el intelectual alemán Arthur Moeller van den Bruck, un nacional-bolchevique, autor del libro El tercer

Reich, partidario de la unión de Rusia y Alemania, “potencias bárbaras” contra la podrida plutocracia occidental, mismo quien se suicidaría en 1925 y que afirma: “el más grave problema del fascismo y del comunismo, no es su diferencia, sino someterse a una época de tripudos burgueses, que pueden soportar todo, menos la grandeza, provenga ésta de las banderas rojas o de los camisas negras”.

El reino perdido es la bitácora de un inconformista y de un rebelde, la marcha itinerante que nos conduce en esta vida a recoger las sombras de nosotros mismos, las ruinas inabarcables de los sueños rotos, el viento alado por el que aún escribimos y vivimos. 🐱

René Avilés Fabila, El reino vencido, Editorial Nueva Imagen, México., 2005, 393pp. (sin índice)

robinsonliterario@prodigy.net.mx

